



¿Dónde está el Niño de San Antonio?

Por:

JUAN DAVID MEJÍA BALVÍN

Licenciado en Filosofía y Educación Religiosa
Fundación Universitaria Católica del Norte
2.017



**ENCUENTRO DE
GRADUADOS**
Católica del Norte



¿Dónde está el Niño de San Antonio?

Erased una vez, en una aldea española, muy devota como entonces solía ser, un viejo escultor llamado Uriel; un hombre de buenas costumbres, pero nada de fe. También un sacerdote, llamado Samuel, de variadas virtudes e incansable fe, que si lo hubiese querido, las montañas hubiera podido mover.

Era tiempo de navidad al parecer, tiempo de alegría, de aguinaldos, de beber; pero era también la fiesta de San Antonio, el santo del milagro, un santo de querer. Reconocido en las Iglesias parroquiales porque siempre con su niño Dios se podía ver. Pero algo preocupaba a la gente, y más al Padre Samuel, pues la imagen de "toño", como cariñosamente lo llamaba aquel, por culpa de un trágico incendio, sin niño Dios se hubo de ver. No habiendo más remedio, ni habiendo más que hacer, el audaz sacerdote llamó al escultor Uriel, para que con fineza, y también con rapidez, un nuevo Niño para San Antonio comenzara a hacer.

¡Qué tarea tan ardua para el escultor aquel, que no conociendo al tal "Antonio" un niño le tendría que hacer; pero ¿cómo lograrlo?, ¿cómo comprender?, pues en su triste y solitaria vida sin Dios, nunca a aquel niño pudo conocer!

Aquella misma noche, cuando a descansar se fue, el incrédulo escultor de la aldea una visión en su sueño pudo tener: un hombre de mediana estatura, vestido de café; con una cruz en su pecho, una aureola sobre su sien; un nardo en su mano derecha, y en su izquierda, tomado de su mano, un pequeñuelo, con los brazos abiertos y sus manos extendidas, hermoso de ver. Con voz dulce y tierna el hombre aquel, presentándose al escultor dijo de una vez:



"Yo soy San Antonio, lo haz de saber, y el niño que aquí ves, me lo he robado en este día en una ciudad llamada Belén, para poder a los hombres dárselo a conocer. Es un niño travieso, pues sabe que aunque siendo pequeño, tiene mucho por hacer, y cuando no lo tengo conmigo, siento mi alma desfallecer, pues sólo por él soy lo que soy, y lo que puedo llegar a ser"

Pero qué sorpresa en medio de este sueño pudo ver Uriel: que aquel niño zafándose de la mano de Antonio, de un momento a otro, de huida se fue. ¡Espera! - decía Antonio- pero el niño no parecía entender, pues huía rápidamente, como si tuviese algo que hacer, pues algo semejante ocurrió, cuando perdido en Jerusalén, fue encontrado por sus padres en el templo, en medio de los doctores de la ley.

“Será mejor que le siga –prosiguió él- pues si no lo tengo a mi lado no sé qué podría hacer; pero si lo deseas, Uriel, también tú me podrías ayudar a encontrarlo a Él, y si lo encuentras primero que yo ¿me lo podrías devolver?”

El escultor, impresionado por las palabras del hombre aquel, de un salto, se levantó de ese sueño para a la realidad volver, no dándole mucha importancia a su visión, pues creía que podría enloquecer.

Hoy es día de trabajar –se dijo el escultor aquel- ¿Qué tan difícil puede ser, representar la imagen de un infante?, ¿podría ser como el que en mis sueños vi ayer! Es sólo un niño, en madera de cedro lo haré, pero no tendrá los brazos extendidos, mejor se los cruzaré, para que de la imagen del tal Antonio, del cura Samuel, no quede más que una novedad para ver: que la del niño que casi enojado deberá aparecer; si Dios no es bueno conmigo, ¿por qué dejaría que cercano con los demás se hubiera de ver?



Trabajó así todo el día y toda la semana el señor Uriel, hasta obtener por resultado la imagen de un bellissimo ser, con ojos tan claros como en nadie se podrían reconocer; con la sencilla pureza de su expresión, venía algo difícil de comprender, pues sus brazos entrecruzados parecían a los que se acercaran los quisiera hacer retroceder, pues en los ojos del incrédulo escultor, la rudeza de su viejo corazón en el niño tendría que proyectar y hacer ver.

Terminada la jornada del escultor aquel, satisfecho por su trabajo una copa decidió beber, pues al menos las seis de la tarde debían ser; y dejando la pequeña imagen en su taller, se retiró a sus habitaciones a celebrar, pues no le quedaba ningún desdén, más que el de saber cuan inútil sería el destino que su obra habría de tener.

En ese mismo momento, la campanilla de la entrada de la casa del viejo Uriel, con tono apresurado comenzó a tañer; ¿Quién es? –Preguntó él- Soy el sacerdote Samuel –desde afuera replicó aquel- vengo por la imagen del divino niño –agregó a la vez- y sin afán el escultor la puerta abrió, mientras alcanzaba al sacerdote entrever. ¡Buenas tardes! –Dijo el padre Samuel- espero que se encuentre bien. Vengo después de estos días a su obra ver, pues se acerca la fiesta de San Antonio, y creo que está ansioso de su niño tener. ¡Claro! –Replicó Uriel- prosiga, el mocoso está en mi taller. ¿Mocoso dijo usted?, ¿acaso no sabe aquel niño quién es?, su Dios y redentor, que hace ya muchos años nació por amor en Belén. ¡No me interesa! –replicó Uriel- es sólo una imagen que no puede oír, ni hablar, ni ver; pero venga de todos modos, se lo enseñaré.

Adentrándose ambos, el sacerdote y Uriel, se apuraron a entrar con ansias a aquel taller, ¡pero qué grande fue la sorpresa del escultor aquel!, la imagen no se encontraba en su lugar, como debía ser. ¡Imposible, aquí lo dejé! ¡Estoy seguro, aquí estaba, no se podía perder! De inmediato aquel hombre, junto con el padre Samuel, comenzó la búsqueda de la imagen del niño, en aquel amplio taller.

¡La procesión de San Antonio será mañana a las diez! -Exclamó preocupado el reverendo padre Samuel- no se concibe a San Antonio sin su niño, pues hace parte de su ser ¿Dónde conseguiré otra imagen? No hay nada que hacer, mejor cancelaré la celebración y más adelante la haré. Lo lamento padre -fue lo único que dijo Uriel- es mejor que se marche, pues para su vacía fiesta algo deberá hacer. Con la cabeza baja, y sin decir nada, tal vez estando un poco indignado, el sacerdote a su parroquia se fue.

Terminado el día, cuando a descansar se fue, el escultor Uriel pensaba: de la imagen ¿qué pudo ser? ¿Un ladrón acaso entró a mi taller? Pero no pensando más, para dormir se comenzó a disponer, hasta que vencido por el cansancio se dio a sus sueños caer, y de nuevo como la primera vez, vio en visión que se le acercaba el mismo hombre vestido de café, con una cantidad de nardos mayor a la de la primera vez, y era muchísimo más brillante la aureola que coronaba su sien; pero el niño que antes de la mano del Santo se dejaba ver, y que una ágil huida emprendió aquella vez, ahora cargado y recostado sobre su pecho, con los brazos cruzados, como lo esculpió Uriel, se encontraba tranquilo y alegre en su ser, como si un triunfo muy grande hubiese logrado obtener. Antonio, de nuevo con su voz gentil y cortés, exclamaba con alegría y sencillez:



¡Este niño se llama Jesús, nazareno es!, por una fecha como esta, hace mucho tiempo atrás nació en Belén; escapó de mi lado para una misión emprender: rescatar a uno de sus amigos que se dejó perder, pero como la ha cumplido ya, ha decidido a mi lado volver, y de gran manera me alegra, pues no se vivir sin él. Duerme sobre mi pecho, como lo hacía en el de su padre José; su madre, llamada María, cuando conmigo lo decidí traer, quedó algo angustiada pero alegre a la vez, pues aunque su hijo se marchaba, sabía que habría de volver.

En ese momento, aquel niño de esplendoroso ser, volviendo la mirada a Antonio, señaló a Uriel, y con voz suave, que hacia enternecer, dijo: ¡mi amigo es él! Y extendiendo sus brazos antes cruzados, le dijo al escultor: ¡ven!

En ese momento, unos muy fuertes ruidos sintió Uriel, y dando un salto de su cama, procedió de su sueño volver; pero eran tantos y tan alegres sonidos, que a su curiosidad lograron atraer, que asomándose a su ventana, de un extraordinario suceso testigo fue: una gran cantidad de gente que por las calles cantando y dando gracias a Dios a la vez, festejaba de su San Antonio el ser.



A demás de la algarabía que percibía el escultor Uriel, encontró algo que con mayor sorpresa lo hacía converger: allí estaba la imagen del hombre vestido de café, que en dos oportunidades en sus sueños pudo ver, y que en sus brazos llevaba la imagen del niño aquel, que en días anteriores había esculpido y perdido a la vez, y que como por milagro o magia ya sus brazos estaban extendidos y no cruzados como los había esculpido él.

Alguien tocaba la campanilla de la puerta de la casa del escultor Uriel, que a prisa y sin demora a responder fue, y nada más y nada menos su sorpresa pudo ser, que la de ver al padre Samuel, que con una sentida acción de gracias ante él fue, pues le había dado una alegría que no muchos le podrían conceder: tener para San Antonio a su más querido ser, y por haber concedido al pueblo la posibilidad de a su santo patrono volver a ver. Y marchándose el sacerdote, a seguir los festejos fue.

En ese momento comprendió Uriel, que el Niño aquel en quien había puesto tanto trabajo y qué hacer, y que en dos oportunidades en sus sueños pudo conocer, había obrado un milagro en el mismo momento cuando escapó de su taller; era nada más y nada menos que un tal Jesús de Nazaret, que siendo todo un Dios se hizo niño para el odio y las tristezas vencer; para recuperar a todos los hombres perdidos que eran sus amigos y sus hermanos a la vez; que acompañaba a los hombres como a San Antonio, para hacerlos en santidad crecer.... Nunca más Uriel, dejando de lado lo que comportaba su ser, volvió a descuidar lo que era verdaderamente importante en su vida: el amor guiado por la fe...



Fin

